

CARMEN MC EVOY

LA
REPÚBLICA
AGRIETADA

ENSAYOS
PARA
ENFRENTAR
LA PESTE

CRÍTICA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

*La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

LA REPÚBLICA AGRIETADA

© 2021, Carmen McEvoy

Edición: Maricarmen Arata

Corrección de estilo: Leila Samán

Ilustraciones: Giovanni Taza

Diseño de portada e interiores: Departamento de diseño de Editorial Planeta Perú

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial: Crítica

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: abril 2021

Tiraje: 1500 ejemplares

ISBN: 978-612-47532-8-2

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100052

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2021-01588

Impreso en Aza Graphic Peru S.A.C.

Av José Leal 257, Lince, Lima, Perú

Lima - Perú, abril 2021

CARMEN MC EVOY

LA
REPÚBLICA
AGRIETADA

ENSAYOS PARA
ENFRENTAR LA PESTE

CRÍTICA

LA REPÚBLICA AGRIETADA

Bitácora de una pandemia	13
I • PANDEMIA	
1. La globalización del miedo y la consciencia	39
2. Epifanías	43
3. De vuelta a los orígenes	47
4. Estamos de duelo	51
5. Vivir y morir en el 2020	55
6. Imaginando un mundo pos-Covid-19	59
7. La eternidad del momento	63
II • AMISTAD/EMPATÍA	
1. Lo más cierto en horas inciertas	71
2. Voluntariado nacional	75
3. La fragilidad del bien	79
4. Escribir para sobrevivir	83
III • AMOR/IDENTIDAD	
1. Un año sin Lida	91
2. Vivir la peste planetaria en Sewanee	95
3. Recuerdos de La Punta	103
4. Irlanda en el corazón	115
5. Postales desde Panamá	133
IV • BICENTENARIO	
1. Bicentenario republicano: dolor, resiliencia y esperanza	143
2. El camino a la independencia	149
3. Thomas Paine y el republicanismo radical	155
4. José Faustino Sánchez Carrión y la república como destino	163
5. Los nudos de la república	177
6. La normalización del privilegio y de la traición	181

V • EL LABERINTO DE LA POLÍTICA PERUANA

1. ¡Oye, te hablo desde la prisión! 189
2. En el agujero negro de nuestra historia 193
3. ¿Voluntad de poder o de servicio? 197
4. La república violentada 201
5. La Academia Diplomática y la historia republicana 217

VI • HISTORIAS PARA RECORDAR

1. Sociabilidad chilena 231
2. Nuestra azarosa historia humana y peruana 235
3. Las repúblicas también se suicidan 241
4. Elecciones en el Perú (1871-1872) 249
5. La ocupación en perspectiva histórica (1881-1884) 269

VII • HOMENAJES

1. Roger Casement y el republicanismo global 287
2. Pasión por el Perú 295
3. Conversaciones sobre el Perú 299
4. Basadre, Tacna y el Perú 303
5. Valentín Paniagua: el presidente historiador 307
6. Ciencia y república 321
7. Nuestra república de las letras 325

VIII • HISTORIA DEL PODER

1. La guerra maldita (1834-1844) 333
2. *Homo politicus*: Manuel Pardo, la política peruana y sus dilemas 341
3. El viaje imperdonable 351
4. Matar para vivir: un breve ensayo en torno a la cultura política peruana 365
5. Vacuna contra el Covid del alma 371

IX • MUJER

1. ¿De qué se trata? Del horror y la injusticia 379
2. Del calzón rojo al machismo leninismo 383
3. Ser niña y no morir en el intento 387
4. ¿Quién soy yo? ¿Quién eres tú? 391
5. Reflexiones en torno a la inocencia 395
6. La mujer en el proceso de la independencia del Perú 399

X • NATURALEZA

1. El poder de la naturaleza 415
2. La canción de los árboles 419
3. De perros y gatos entrañables 423
4. Luchar por la vida es desafiar a la muerte 427
5. Con la muerte al lado 431
6. Música para un mundo roto 437

XI • SOCIEDAD

1. Moquegua en el corazón 451
2. Huarangos, repúblicas y futuros posibles 455
3. Simulación y humanidad creativa 459
4. Cocina y el lenguaje del amor 463
5. La república cocodrilo 471

XII • ESTADOS UNIDOS

1. Convulsiones imperiales 483
2. Del orgullo nacional al negocio personal 487
3. ¿República inacabada o democracia negada? 491
4. El rey loco y sus secuaces 497

XIII • TIEMPO DE PROYECTOS

1. Yma y Moisés: el poder de la historia, el arte y la fantasía 505

Este libro es para Roberto y Lida, mis padres, por regalarme la vida y enseñarme a cuidarla y defenderla. También va dedicado a Enrique, Kike, Lana, Mariana, Andy, Juliana y Emma, por el amor incondicional que fortalece el espíritu en tiempos de prueba. *Last but not least*, para mis entrañables amigos de La República de La Punta; ustedes saben quiénes son y yo también, porque sus nombres, sonrisas, consejos certeros y muestras de afecto, en momentos difíciles, quedarán grabados por siempre en mi corazón.

Anthem

*The birds they sang
At the break of day
Start again
I heard them say
Don't dwell on what has passed away
Or what is yet to be
 Ah, the wars they will be fought again
The holy dove, she will be caught again
Bought and sold, and bought again
The dove is never free
 Ring the bells that still can ring
Forget your perfect offering
There is a crack, a crack in everything
That's how the light gets in
 We asked for signs
The signs were sent
The birth betrayed
The marriage spent
Yeah, and the widowhood
Of every government
Signs for all to see
 I can't run no more
With that lawless crowd
While the killers in high places
Say their prayers out loud
But they've summoned, they've summoned up*

*A thundercloud
They're going to hear from me
 Ring the bells that still can ring
Forget your perfect offering
There is a crack, a crack in everything
That's how the light gets in
 You can add up the parts
But you won't have the sum
You can strike up the march
There is no drum
Every heart, every heart
To love will come
But like a refugee
 Ring the bells that still can ring
Forget your perfect offering
There is a crack, a crack in everything
That's how the light gets in
 Ring the bells that still can ring
Forget your perfect offering
There is a crack, a crack in everything
That's how the light gets in
 That's how the light gets in
That's how the light gets in*

Leonard Cohen





BITÁCORA DE UNA PANDEMIA

Todo me hiere y todo me ilumina
J.E. Eielson



En esta hora fugaz
hoy no es ayer
y aún parece muy lejos la mañana.
Hay un azoro múltiple,
extrañeza
de estar aquí, de ser
en un ahora tan feroz
que ni siquiera tiene fecha.
¿Son las últimas horas de este ayer
o el instante en que se abre otro mañana?
Se me había perdido el mundo
y no sé cuándo
comienza el tiempo de empezar de nuevo.
Vamos a ciegas por la oscuridad
Caminamos sin rumbo por el fuego.

"HORAS ALTAS"

José Emilio Pacheco

La pandemia planetaria que ha confinado a millones de seres humanos y matado a cientos de miles, mediante múltiples e inesperadas mutaciones, ha trastocado el sentido del tiempo —que ahora parece superponerse— enfrentándonos, además, a la fragilidad propia de nuestra especie. En el confinamiento, donde certidumbres, esquemas, proyectos, rutinas e incluso ideologías dejaron de tener sentido, algunos decidimos sostener una conversación con nosotros mismos. En un iluminador artículo respecto del impacto de la cuarentena en la mente humana, el psiquiatra italiano Massimo Recalcati plantea una paradoja. Por un lado, hombres y mujeres con cuadros subjetivos graves exhiben signos de mejoramiento debido a que “la realidad se ha vuelto más grave que el delirio”. Por el otro, el confinamiento se ha convertido en una solución radical al

problema de las relaciones con el otro. “El distanciamiento social”, afirma Recalcati, “no solo se manifiesta como exigencia sanitaria, sino como un fantasma arcaico del ser humano: evitar lo extraño, lo abierto, lo desconocido”. Porque si bien es cierto que hay una serie de problemáticas antiguas visibilizadas por esta pandemia (angustia del empobrecimiento, angustia depresiva, ataques de pánico, impotencia sexual, entre otras), la “configuración depresiva” asociada al Covid-19 proviene de una gran pérdida: enfrentar un mundo desconocido. Ciertamente, los recursos mentales de millones de seres humanos están siendo probados de manera cotidiana para lidiar, en medio de un sinnúmero de carencias básicas, con lo incierto. Por otro lado, lo positivo de esta cuarentena —que nos aleja física, aunque no virtualmente, de la comunidad humana que nos define como animales sociales— es una benéfica desintoxicación psíquica de nuestra hiperactividad y dependencias cotidianas, forzándonos, de acuerdo con Recalcati, a la “introversión obligatoria”.

“Vamos a ciegas por la oscuridad. Caminamos sin rumbo por el fuego”, es una frase del gran poeta mexicano José Emilio Pacheco, que parece sintetizar estos tiempos de amargura, incertidumbre y muerte. Para los millones que “caminamos sin rumbo por el fuego”, contraviniendo el atávico dictamen de enterrar a nuestros muertos, el tiempo cobra un nuevo significado. Hace algunos años el historiador Enzo Traverso escribió un libro, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX* (2018), en el que identificó el alba de un tiempo bisagra en el cual el relato histórico adquiriría mayor relevancia. Entre las violencias que desgarraron el siglo XX, cómo olvidar el Holocausto, en sus múltiples escenarios por todos conocidos, o el bombardeo de Hiroshima. En esa línea de análisis, Traverso, que no olvida las utopías que se desmoronaron, estableció un hito denominado “ocaso”, que corría entre el final de la guerra de Vietnam y el derrumbe de las Torres Gemelas.

Y aunque dicho momento de quiebre profundo no es el primero —ni mucho menos el último—, sus características adquieren un nuevo sentido en medio de esta pandemia, que solo en enero pasado ha matado en los Estados Unidos a noventa y cinco mil personas. Para Traverso, el tiempo que precedió a esta catástrofe estuvo caracterizado por el desencantamiento de un mundo poblado, en su gran mayoría, por millones viviendo en un eterno presente, debido a lo angustiante de un futuro incierto. Traverso fue un paso más allá en su análisis, subrayando que esta humanidad —que ahora padece el Covid-19— era desde ya incapaz de imaginarse fuera de un vocabulario determinado por la mercadotecnia, la que, como bien sabemos, obliga a producir imágenes para una competencia cada vez más brutal y desleal. La pandemia puso en cuestión ese relato, el del progreso imparable basado en la dictadura del Moody's y los *rankings* económicos, para enfrentarnos con la única certidumbre: somos seres mortales. Más aún, esa “carrera contra el tiempo” en la que ahora, a partir de la aparición de múltiples cepas del Covid-19, están inmersos los laboratorios farmacéuticos, podría muy bien aplicarse a la “introversión obligatoria”, a la que se refiere Recalcati.

Alguna vez existió ese tiempo circular expresado en Carmina Burana, joya musical del medioevo que vale la pena escuchar en esta etapa de infortunio y desesperanza. Sin embargo, bueno es recordar que la relación del hombre contemporáneo con Cronos fue establecida en la primera mitad del siglo XX, entre otros, por el filósofo alemán Martin Heidegger. En una obra compleja y para algunos oscura, que recuerdo haber leído por primera vez en mi clase de Filosofía, el académico acusado de nazismo se preguntó por el sentido de la existencia humana. La respuesta que dio en *El ser y el tiempo* (1927), es que el tiempo nos define. Arribando, sin siquiera pedirlo, a este mundo nos encontramos con una historia en curso, marcada por un pasado, un presente y un futuro por descubrir.

Es en ese templete temporal donde adquirimos nuestra individualidad y es ahí, también, donde incorporamos nuestros proyectos que, de acuerdo con la pareja de Hannah Arendt, nos distraen de un tema fundamental: tarde o temprano moriremos y no hay nada que hacer al respecto. Para Heidegger la brevedad de nuestra existencia debería ser un estímulo para descifrar quiénes somos y cuáles son nuestras prioridades, asunto que será analizado detalladamente en *De la esencia de la verdad* (1930), donde el filósofo afirma que para conocer la verdad sobre las cosas primero hay que apreciarlas y cuidarlas. Del cuidado proviene una toma de consciencia y de ahí, también, el reconocimiento de las prioridades que existen, no en el tiempo largo, sino en el día a día del cual muchos, por dedicarse a lo “importante”, pretenden escapar. Porque, como muy bien señala Byung-Chul Han en esa misma dirección, la evasión a la pregunta clave nos remite a la ausencia de un saber que, finalmente, gira en torno a nosotros mismos. Asumir la muerte conscientemente significa tomar nota de nuestro destino final. Darles cara a “la parca” y a “la experiencia del horror” —a la cual se le asocia— ayuda a empujar la conciencia hacia algo distinto de ella misma, y tal vez incluso a transformarla.

El “tiempo de la pandemia” interrumpe nuestros grandes proyectos y nos confronta con la muerte, un tema analizado en medio de esta cuarentena intermitente, en un extraordinario libro de Marcel Velázquez. *Hijos de la peste: Una historia de las epidemias en el Perú* (2020) nos lleva no una sino decenas de veces por los caminos del “azoro múltiple” y la “extrañeza”, a la que se refiere Pacheco en “Horas altas”. En el caso específico de “la ruta pandémica peruana”, el horizonte no cambia tal como en esa inquietante película *Groundhog Day* (*El día de la marmota*), interpretada por el genial Bill Murray. Acá, lo perturbador del caso es obviamente tener a la muerte al frente, pero mucho más vivenciar la eterna ineptitud del Estado peruano frente a ella, lo que, sumado a los permanentes

fracasos de sus elites políticas y sociales, deviene en el pandemio por todos conocido. Además de la pobreza, que en nuestro país ya es parte de un paisaje que raya en lo dantesco, en la peste afloran el racismo, la locura, pero también ese sentido del humor y las ráfagas de solidaridad que finalmente nos redimen. Lo que cabría añadir es que, en el Perú, la plaga termina siendo derrotada, no por políticas públicas o el esfuerzo de médicos, del personal sanitario e incluso de la sociedad civil (elenco que siempre aparece para dar titánica batalla), sino por la inercia o porque “todo tiene su final”, como bien lo recuerda Héctor Lavoe en su famosa canción. Una de las imágenes más poderosas del libro de Velázquez es, sin lugar a dudas, la carroza de la muerte y el hartazgo del conductor, encargado de recoger los cadáveres infectados, una labor que lo convierte, también a él, en un apestado más. Y se vienen a mi mente las fotografías de los migrantes venezolanos, hoy recogiendo y enterrando cuerpos en cementerios clandestinos, mientras el Estado moviliza tanques en la frontera norte para que no entren “los extranjeros”, los que, como ocurrió en varios momentos de nuestra truculenta historia, fueron acusados de dispersar el virus, cuando todos sabemos bien que, para llevar a cabo esa tarea, con los peruanos nos basta —y hasta nos sobra—.

La peste va resquebrajando lentamente las estructuras psíquicas, pero también las políticas, económicas, culturales y sociales, dando paso a un trastorno generalizado que se hace evidente a través de una serie de episodios concretos. Desde el *vacunagate* peruano, síntesis de la normalización del privilegio y de la traición, hasta las marchas contra el racismo institucionalizado en los Estados Unidos, pasando por el reciente golpe de Estado en Birmania, un lugar donde un ejército asesinó a la población civil, porque para ello fue entrenado desde su fundación en medio de la guerra. Y las noticias siguen llegando, día tras día, a “las redacciones” de nuestras computadoras

o teléfonos celulares, confirmando la infausta nueva: la humanidad, de la cual formamos parte, está bastante trastornada y no hay relato histórico que la vuelva a la razón. Cómo no reconocerlo plenamente luego de leer la historia del farmacéutico de Wisconsin, que sabotó centenares de dosis de la vacuna Moderna debido a que pensaba no solamente que el Covid-19 es una falsedad, sino que la tierra es plana y el cielo “un escudo puesto por el gobierno para que los hombres no vieran a Dios” en vísperas del Juicio Final. Por estas peregrinas razones el señor Brandenburg decidió destruir 570 dosis de vacunas, extrayéndolas de las refrigeradoras para hacerlas inservibles. En su defensa el farmacéutico señala, y no está solo en sus teorías, que las vacunas poseen un microchip que servirá a manera de anticonceptivo para volver infértil a buena parte de la población mundial. Junto con las teorías conspirativas y mentiras, que en las redes sociales corren a la velocidad de la luz, ocurren declaraciones de jefes de Estado como es el caso del exguerrillero nicaragüense Daniel Ortega, quien, en medio de un país colapsado por la corrupción que él mismo lidera, anuncia la creación de una “Secretaría Nacional para Asuntos del Espacio Ultraterrestre, la Luna y otros Cuerpos Celestes”. Mientras la nación centroamericana se hunde en la miseria con una economía arrasada por las malas políticas y el avance del Covid-19, negado hasta la saciedad por el orteguismo, el antiguo jefe sandinista lanza su “proyecto revolucionario”, simbolizado por el satélite Nicasat 1, con el que se propone conquistar las estrellas.

Ser testigo presencial de un evento planetario que será recordado en los libros de historia me llevó a concebir esta colección de “ensayos para enfrentar la peste”. En líneas generales, este libro es una suerte de diario de bitácora de una escritora que apela a sus recuerdos personales, a páginas de libros leídos y subrayados hace ya varias décadas, a postales y fotografías —algunas tomadas a lo largo del encierro—, a canciones que conforman una particular banda

sonora del 2020-2021, e incluso a artículos escritos con decenas de notas a pie de página y ahora abreviados para los lectores que generosamente siguen mis columnas de *El Comercio*, las cuales, valga la redundancia, constituyen la columna vertebral de este texto editado en las noches de insomnio o en las tardes invernales de Sewanee. Debo confesar que esta no es mi primera irrupción en el “género pandémico”, que surgió en el Proyecto Bicentenario durante los primeros meses de la peste, para ser replicado, con relativo éxito, por otras editoriales para las que, junto con un grupo de colegas, escribimos un libro sobre el tema. Pienso, como muchos terrícolas confinados por un virus que ha decidido mutar para seguir amenazándonos, que a partir de esta experiencia límite tenemos una variedad de opciones. Paralizarnos por el horror de ver morir a nuestros seres queridos, lamentarnos por la “mala suerte” de vivir esta tragedia que parece no tener fin, frustrarnos por no ver a nuestros hijos o nietos —en mi caso hace más de un año— o, si lo decidimos, dar la pelea en el ámbito que nos corresponde, siendo el mío en particular el de una palabra que, con todas las limitaciones del caso, busca dotar de sentido a estos tiempos tan amargos. Tiempos de reflexión, en los que, si nos lo proponemos de verdad, se puede definir una nueva manera más justa y más humana de ver la vida, tanto a nivel individual como colectivo.

“Escribir es agregar un cuarto a la casa de la vida”, señaló alguna vez Adolfo Bioy Casares. Ciertamente, este “ocio laborioso”, como lo definió Goethe, permite, por su magia intrínseca, iniciar viajes de descubrimiento e incluso penetrar, como sugiere Stephen King, en el fascinante mundo de los sueños. Y aunque es difícil, por no decir imposible, abarcar mediante la palabra momentos tan difíciles como los que nos ha tocado vivir, vale la pena intentarlo, teniendo en consideración nuestras limitaciones, que son enormes. “El arte de escribir historias está en saber sacar de lo poco que se

ha comprendido de la vida todo lo demás, pero acabada la página se reanuda la vida y nos damos cuenta de que aquello que se sabía era absolutamente nada”, nos recuerda el gran Italo Calvino, quien, a lo largo de su carrera, intentó practicar la economía de la palabra. Esa necesidad de entender la vida y a nosotros mismos en toda su complejidad, fue lo que movió a otro maestro de lo concreto, Michel de Montaigne, a inventar el género del ensayo para contestar la pregunta fundamental: “¿qué sé yo?”. Una de esas tardes de pandemia, de nostalgia y de congoja regresé a los ensayos que Montaigne escribió en medio de la guerra y la peste que asoló a su Francia natal. El escritor bordelés fue el primero en acuñar el término “ensayo” con la finalidad de designar un escrito breve y entretenido con el cual explorar cualquier tema de interés general. Es así que el ensayo, que como bien lo dice su propio nombre refiere a lo incompleto y perfectible, es una reflexión subjetiva sobre política, filosofía, pedagogía y costumbres en general. Mostrando un espíritu independiente, tolerante y escéptico —justamente en tiempos de sangrientas guerras religiosas—, Montaigne salpicó sus relatos con numerosos detalles autobiográficos. Por emerger de un yo que expresa más opiniones que certezas, el género del ensayo es indudablemente subjetivo. Aparte de ello, la apuesta por un estilo ameno y de amplia divulgación obliga a su autor a cierta liberalidad tanto en la estructura y extensión de las páginas como en los temas a elegir. Más allá de su apuesta por la claridad, la sobriedad e incluso la ironía, Montaigne decidió escoger al hombre y, en especial, a sí mismo, como objeto de estudio. Sin máscaras y con todas sus contradicciones, el literato, que vivió además un cambio de era, nos dejó un estilo de escritura y un invaluable legado cultural para tiempos “interesantes”, como los presentes.

¿Por qué el título de *La república agrietada* para esta colección de ensayos para enfrentar la peste? Uno de los temas que empecé

a explorar, hace ya varias décadas, es el republicanismo; una propuesta ideológica que debió lidiar, hace ya casi doscientos años, no solo con la peste y la guerra, sino con la incertidumbre política más absoluta. En estos largos meses de confinamiento recibí de un colega un texto que no conocía y que me impulsó a regresar a un concepto que, por su horizonte utópico, sigue despertando el interés general. En *Manual de un republicano para el uso de un pueblo libre*, publicado en Filadelfia en 1812 —y de circulación en Lima mediante una traducción poco conocida—, se señala que dicho “bosquejo de republicanismo” tenía por finalidad discutir principios y prácticas políticas en diferentes regiones de América. La metodología consistía en una serie de preguntas y respuestas, y a medida que la conversación se iba desarrollando, ciertas “verdades” afloraron, siendo la principal que “los hombres han nacido libres e iguales y desean su felicidad”. No me sorprende volver a encontrar la triada, que tiene a la felicidad como uno de sus vértices, aun cuando uno de los principales ideólogos del pensamiento republicano peruano, José Faustino Sánchez Carrión, de cuyo aporte nos ocupamos en un ensayo de esta colección, imaginó un mundo “descolonizado”, donde las calles estarían cubiertas de plata y los hombres, instalados en “patria de vivientes”, no se verían en la necesidad de enmascarar sus verdaderos sentimientos ni mucho menos bajar la cabeza ante la autoridad de turno.

José Antonio Aguilar ha observado que, entre los padres de la república en Hispanoamérica, destaca un grupo de intelectuales y políticos que durante la primera etapa de la independencia participaron como publicistas y teóricos. Ellos acometieron la tarea de situar a la América española en el mapa del republicanismo y de ello da cuenta un importante material bibliográfico que en el Perú queda por explorar. En sus mejores momentos los republicanos se formularon las mismas preguntas genéricas, apelando a referentes teóricos comunes en la tradición política occidental. Su pensamiento

también ofrece algunas claves para comprender los rasgos distintivos que adquiriría la república en Hispanoamérica, como muy bien lo ha señalado Hilda Sabato en su estupendo libro sobre el tema. Lo que cabría preguntarse es por qué la apuesta republicana no prosperó a pesar del progresismo de sus defensores, quienes incluso utilizaron los escritos de Thomas Paine, un inglés radical, para confrontar el modelo de monarquía constitucional que el general San Martín intentó imponer luego de nuestra independencia bicentenaria. ¿Qué determinó que la república que nació rodeada de ilusión y esperanza no haya logrado darles a sus ciudadanos la felicidad que les ofreció y que, doscientos años después, indudablemente merecen?

De cara al bicentenario de la Jura de Independencia en Lima —la fundación de la república peruana ocurre un año después con la instalación del Congreso Constituyente— cabe reflexionar sobre un modelo político, además de un modo de ser, en el cual el foco central fue, en teoría, la defensa del bien común frente a los múltiples intereses personales. La esclavitud, al igual que la servidumbre indígena, no fue abolida en la primera república, como no ocurrió tampoco en la norteamericana, quedando como tarea pendiente. Los aspectos sociales del republicanismo serán, sin embargo, abordados por la segunda generación de republicanos liberales, en la revolución de 1855. Paradójicamente, unos años después de que la república se liberara legalmente del esclavismo y la explotación, Juan Bustamante, congresista y escritor puneño, fue ejecutado en Pusi por atreverse a defender los derechos de las comunidades indígenas del Altiplano enarbolando la bandera de “no hay república sin indios”. A partir de ese cruel asesinato, que ocurre en medio de la crisis terminal del Estado guanero, la república irá de tumbo en tumbo, porque incluso el “reformismo burgués” de Manuel Pardo, quien fue asesinado en la puerta del Senado cuando intentaba pasar una ley para modernizar al Ejército, quedó trunco. Al año siguiente del complot mortal

contra el primer presidente civil de nuestra historia vino la Guerra del Pacífico, la cual arrasó no solo con el primer proyecto civil orgánico del siglo XIX, sino con nuestra economía, la que se vio desnacionalizada a partir del famoso Contrato Grace. El siglo XX estará marcado por una serie de iniciativas políticas y sociales que no lograrán, a pesar de los intentos, darle al Perú un proyecto nacional sólido e inclusivo. Del siglo XXI qué se puede decir, más aún si evaluamos fríamente la penetración del Estado peruano por parte de bandas delictivas que lo desfalcaron, razón por la cual esta pandemia, que ya ha matado a más de cincuenta mil compatriotas, nos ha encontrado en una situación de dramática precariedad material y moral.

¿Qué hacer con una república tan agrietada como la peruana, a la que la pandemia ha desnudado en todas sus carencias? Es la pregunta que me hice en uno de los primeros “ensayos pandémicos” que escribí y ahora regreso nuevamente a mi esbozo de respuesta. En una de sus canciones más bellas, “Anthem”, Leonard Cohen abordó un tema que en este momento de prueba resulta fundamental: la necesidad de apuntar a la reflexión esperanzadora, incluso en uno de los momentos más oscuros de nuestro devenir histórico. El futuro, por más difícil que sea, no puede derivar en la abdicación de las responsabilidades personales. “Toca las campanas que aún puedas tocar”, es una hermosa estrofa de “Anthem” o ‘Himno’, y que va en esa dirección. Ciertamente, los problemas que afrontamos en la vida no necesitan soluciones perfectas porque el mundo es obviamente imperfecto. Más aún, “existe una grieta en todo”, que podemos tratar de resanar para que, a través de las rendijas de lo reparado, penetre la luz y, como muy bien subraya Cohen, surja la posibilidad de una resurrección, de un nuevo comienzo. Ciertamente, el arrepentimiento solo llega en la confrontación con lo roto. Y a estas alturas, quién tiene la menor duda de que en estos doscientos años de república miles de esperanzas y, lo que es peor,